

Una historia oral contada por los niños de Chile

MANUEL DANNEMANN

(Chile)

El título de esta presunta colaboración al conocimiento de la cultura de mi país necesita algunas aclaraciones.

Al decir una historia oral me estoy refiriendo a una versión histórica de la vida cotidiana, compuesta por testimonios orales propios de una breve etapa de la existencia de la nación. Quienes la narran, los niños de Chile, ignoran que cada uno de ellos contribuye a hacer una historia que pudiera considerarse de su país, y una de las obligaciones del responsable de esta iniciativa, quien escribe este artículo, consiste en darles a saber a estos pequeños historiadores lo que han conseguido sin proponérselo.

Según la noción más amplia, pero a la vez más estricta de historia, muchos eruditos podrán formular serias objeciones a este proyecto de historia oral de Chile. Así, entre otras, rechazar la carencia de profundidad temporal de este ensayo; su excesiva situación sincrónica, su tremenda oralidad y la falta de preparación y de idoneidad de sus infantiles autores, incapaces de discernir el carácter histórico de las conductas humanas, problema este último que ha discutido severamente el historiador británico Carr.

Sin embargo, pese a estas críticas y a otras que sin duda aparecerán, he deseado dar una estimulante oportunidad a niños de muy distintas localidades de Chile, para que ellos cuenten lo que saben, lo que han visto, lo que viven y lo que quieren alcanzar. Y aunque la extensión del tiempo al que pertenecen sus vivencias sea reducida, aunque sus relatos tengan temáticas parciales y aunque los narradores pertenezcan sólo a una cin-

cuentena de lugares, pienso que estamos frente a un aporte a la comprensión histórica de nuestro tiempo, de gran importancia para ser comparado con otros del pasado, de la actualidad y del porvenir. Y así como hemos dejado a los expertos y solemnes historiadores que recojan y seleccionen su información a través de archivos, bibliotecas, epistolarios, para luego decidir qué hechos son históricos y cuál es la historia, permitamos, ahora, que unos trescientos niños de Chile, aproximadamente, muestren una veta histórica, una historia oral de su cultura, a los demás habitantes de su país, y démosles a conocer y agradezcámosles lo que ellos hicieron por todos nosotros. De esta manera, el lema inicial de este proyecto, cuyos resultados sintetizo en este artículo, y el cual dice: "para que los niños de Chile conozcan su patria", podrá acrecentarse expresando: "Para que Chile también sea conocido por una historia oral contada por sus niños".

Las relaciones entre la comunicación oral y la comunicación escrita de la cultura se han estudiado con especial intensidad en el transcurso del siglo XX, con mucha preponderancia respecto del llamado folklore, en general (Boskovic-Stulli); de las formas narrativas y poéticas tradicionales orales comparadas con las literarias en sentido estricto (García de Enterría), y de materias que conciernen ala Dialectología y a la Sociolingüística (De Granda).

Pero cualquier paralelo que se intente proponer de ambas clases de comunicación cultural, tiene que descubrir antropológicamente el comportamiento humano, revelar la posición anímica y social que se halla detrás de

lo oral o de lo escrito, porque la tensión del arco activo de tener, de entender, de transmitir y de lograr efectos, es muy distinta en uno u otro caso. El poder de la oralidad posee un alcance y una penetración insuperables; su ejercicio es irrepetible y su fuerza de interacción no puede reemplazarse por ningún recurso escrito. En consecuencia, una historia oral, pese a sus limitaciones, es la que mejor trasunta la naturaleza del hombre y la que con más éxito incorpora a cada individuo que la escucha al mundo de los acontecimientos, a la sucesión de los cambios, al desarrollo de la cultura.

Movido por estas consideraciones decidí elaborar un proyecto con el nombre de Aportes de la Cultura Folklórica al Proceso Educativo Básico de Chile, y presentarlo al programa de participación de la UNESCO, con el patrocinio de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, para el bienio 1986-1987, en el ámbito de "La cultura y el futuro. Inventario, acopio y estudio del patrimonio no físico", y teniendo como actividad central la investigación de las "tradiciones orales".

En el párrafo correspondiente a la finalidad de dicho proyecto se señalaron argumentos que conviene transcribir aquí:

"...la educación formal, sistemática, está organizada, en gran parte, en términos de principios, criterios, planos, programas, métodos y objetivos, que, a menudo, constituyen factores muy diversos y a veces antagónicos, de los modos de vida habituales de los alumnos de la Enseñanza Básica, produciéndose así tensiones y discordancias entre la indicada educación formal y la educación informal en el desarrollo de la socialización, el cual debe orientarse de la manera más equilibrada y sólida posible".

"En este caso, se ha pensado en la utilidad de aprovechar las ventajas formativas de expresiones de la llamada cultura folklórica, en la educación sistemática."

"Cuando se habla de cultura folklórica, a la luz de conceptos antropológicos actuales, no se restringe su área a una colección de formas orales y objetos. Ingenuos en vías de extinción, pertenecientes a grupos rurales, sino que se la concibe como una clase de conducta, como una instancia del comportamiento humano del más alto grado de pertenencia comunitaria recíproca para quienes la han hecho suya, mediante cuya práctica sus usuarios alcanzan una intercomunicación y una coparticipación de enorme fuerza social, con el consecuente acrecentamiento de su identidad cultural y de su cohesión grupal. Se podría afirmar, entonces, que folklore es el comportamiento cultural más representativo de la identidad de los grupos humanos."

"De ahí que se haya considerado esta clase de cultura para armonizar el encuentro de la educación informal con la formal, y para conseguir un activo intercambio de conocimientos y de motivaciones, a través de ella, en los alumnos de diversas escuelas básicas de Chile."

"La recepción y búsqueda de comprensión de esta clase de cultura, orientadas por los profesores de las escuelas, sobre la base de su difusión audiovisual, conducirá a dos sub-objetivos: a hacer conciencia sobre el significado de nuestra legítima tradición nacional, como un modo de contrarrestar la avalancha comercializada de productos culturales foráneos, cosificadores y masificantes, y a estimular la sensibilidad creadora del niño frente a su propio universo. Así se contribuiría a articular los factores de la educación formal con la realidad de la cultura, que en cada nación ha adquirido características propias, y cuyo desenvolvimiento es de responsabilidad primaria de los habitantes de cada país, en relación con su historia, su medio y sus específicas aspiraciones."

La posibilidad de seleccionar y de reproducir la información testimonial conseguida mediante el desarrollo de este proyecto, "Para que Chile también sea conocido por una historia oral contada por sus niños", como ya se dijera, la he buscado con la ayuda de una contribución antropológica, tanto en lo que hace al método de trabajo como a sus resultados holísticos. Podríamos, entonces, decir que hay una breve etnohistoria infantil chilena, según un concepto etnohistórico mucho más flexible que el clásico, sujeto principalmente al uso de relatos de viajeros, cronistas, misioneros, exploradores, concepto enriquecido en los últimos años por estudiosos como Robert Lavenda.

Pero no es oportuno ahora discutir nociones sobre esta disciplina auxiliar de la Antropología y si la he citado ha sido para extender, a mi juicio válidamente, el alcance de sus aportes humanísticos y sociológicos.

Si se retoma la opción metodológica antes enunciada y, como se demostrará más adelante, es oportuno recordar que en el trabajo de campo se utilizó un procedimiento etnográfico de observación-obtención-descripción de comportamientos y bienes culturales. Aunque, en la mayoría de los casos, sin permanencias prolongadas en las localidades elegidas, que produjesen una relación constante y de marcada continuidad con los alumnos de las escuelas desde donde se inició mi tarea. Sin embargo, logré una incorporación a la existencia básica de mis escolares colaboradores —más que informantes—, al transitar con ellos por los caminos que parten de su ser, se abren, atraviesan su ambiente y vuelven

a ese mismo centro. Pienso que la obtuve, en todas las ocasiones, especialmente a medida que avanzaba esta etapa etnográfica; gracias a la receptividad y espontaneidad de dichos colaboradores, debido a mis numerosas experiencias en el contacto con miembros de muy diversos microsistemas sociales, en proyectos anteriores, y a un invariable intercambio de ideas, conocimientos, actividades, con los grupos de niños que me entregaron su patrimonio cultural y su concepción del mundo.

En cuanto a los aludidos resultados holísticos de esta historia oral, frutos del método que se aplicó a un área de vivencias infantiles, ellos aparecen, finalizado el proyecto, como capítulos orgánicos, uno por cada microsistema que se investigó, todos interrelacionados, saliendo de un modo súbito del presente, pero llegando desde los más incalculables pretéritos, a través de la tradición cultural folklórica. Así se configura, por una vía etnológica, una síntesis de una parte del sistema étnico-social de Chile, sin quedarse en meros episodios de algunas fases de pasado, que giran alrededor de personajes célebres que a poco andar adquieren una condición legendaria, respecto de los cuales la educación formal nos pide que imitemos sus virtudes, pero sin enseñarnos cómo incorporarlos a nuestra vida para hacer de ellos ejemplos que estén al alcance de nuestras conductas cotidianas y no sólo en lo alto de los pedestales. Por estas y otras razones esta historia, como todas las legítimas de su género, no proviene de ningún texto escrito, sino de los eventos que desarrollan sus cultores infantiles o de los que sin poder aún practicar, inciden en su existencia. No es, por lo tanto, una historia textualista, sino eventualista; no es afectiva, en el sentido de la selectividad con que debe escribir el historiador profesional, con mayor o menor elegancia, sino que es abiertamente efectiva porque reproduce lo que sienten, desean y hacen sus protagonistas y actores. De ahí que quizás podría llamarse una contra-historia, por su inocente rebeldía ante los principios historiográficos consagrados por los grandes modelos de la ciencia histórica.

El método de obtención de testimonios concerniente a este proyecto y al cual ya me he referido, recayó en dos planos: uno que denominaré el de la concepción del mundo y otro constituido por rubros culturales específicos, que dan movilidad, que hacen funcionar, en gran medida, al plano anterior.

Es necesario tener muy en cuenta que dicha concepción del mundo se ha inferido sólo de niños habitantes de localidades manifiestamente rurales, ya que ése fue el ámbito territorial de este proyecto. Ella está compuesta por los elementos que a continuación se señalan:

En primer término, el que podría llamarse centro de la existencia espacial, el microsector, la unidad geográfica menor en la localidad de arraigo. Con su tamaño, sus bondades y defectos, con su grado anímico de pertenencia, con su comparación con otros lugares conocidos pero que están separados del centro .primarlo.

En la inmensa mayoría de los casos, con muy pocos o sin ningún titubeo, mis colaboradores escolares nombraron su propio micromundo con un especial sentido de compenetración con él, en una reciprocidad inseparable.

Para descubrir esta vinculación solicité respuestas a preguntas que se formularon según la siguiente pauta: ¿Cómo se llama la parte de este lugar donde vives? ¿Ella es grande o pequeña, y por qué encuentras que es así? ¿Es bonita o fea, y por qué lo piensas? Grande o pequeña, bonita o fea, ¿te gusta o no y por qué? ¿La sientes tuya, de qué manera? ¿En qué otros lugares has estado, y cómo los comparas con la localidad donde vives?

En segundo lugar, en esta concepción del mundo quedó incluido el medioambiente relativo al paisaje y al clima locales, con énfasis en la fauna y en la flora; la segunda con particulares referencias a nombres y funciones de plantas medicinales. Al respecto, no se trató de encontrar sólo o principalmente datos empíricos propios de este medioambiente natural, sino que la relación de los niños, observadores y usuarios, con él. En otras palabras, averiguar, en qué medida y cómo, se produce una participación de estos niños en su paisaje, cómo lo entienden y lo proyectan en sus ideas y actitudes.

Por último, en este plano de la concepción del mundo se consideró un programa de vida tomando como punto inicial inmediato la relación casa-escuela, como una ecuación de síntesis de ser miembro de un microsistema en un espacio y en un tiempo determinados. Aquí los interrogantes requirieron respuestas a dos presuntas aspiraciones: la de permanecer o salir del micromundo del presente, y la de desear o no el logro de una o más metas futuras en cuanto a la adquisición de roles y de status.

¿Qué relatos me dieron los autores de esta historia oral sobre la que he llamado su concepción del mundo?

En lo que hace al microsistema domiciliario y su entorno inmediato, surgió una variedad de apreciaciones sobre su tamaño, sus cualidades y sus resonancias emocionales; no obstante, fue muy explícita y segura, con escasísimas excepciones, la afirmación general

de reconocer el profundo significado de pertenencia espiritual de ese centro orgánico genuinamente propio de sus habitantes infantiles, afirmación manifestada sin ambigüedades, tanto en el caso de quienes sabían que sus padres u otros parientes eran los dueños del señalado espacio, como en el de quienes sabían que se hallaban sobre un pedazo de tierra de personas que no eran de su familia, por lo común, empresarios empleadores de sus padres. Sea como fuere, se demostró el convencimiento psíquico de tener ese trozo del mundo para ellos y ser de ellos (los autores de esta historia), más ostensiblemente cuando se lo comparaba con otros lugares.

Esta manera de estar y de sentir, de conjugar un espacio con un tiempo y con un ambiente del cual el hombre forma parte; esta integración de la naturaleza con la cultura, esta posición en una determinada realidad social, podrían atribuirse a todos los niños de nuestro planeta, donde quiera que viviesen, y cuando esta vez digo niños, me estoy refiriendo a los de la edad de los que hicieron factible este proyecto: alumnos del segundo ciclo de enseñanza básica de escuelas rurales de Chile, esto es, de 10 a 15 años, habitualmente. Pero tratándose de niños de microsistemas campesinos, de pastores, de pescadores, esta pertenencia en la cual se articula mutuamente hombre y mundo adquiere una peculiar relevancia, ya que la vida en estos universos se hace muy intensiva y preponderantemente puertas afuera de la casa-habitación, por lo que la identidad con el medio, con las personas con quienes se comparte la cultura local y con el patrimonio específico de dicha cultura, conduce a un sentido de posesión muy distinto del que se observa en otras clases de lugares y de sociedades, y esto es 'lo primordial para los protagonistas' y narradores de esta historia, quienes, como lo expresaron Sotomayor y Pérez, más que aprender cosas, aprenden a vivir plenamente su realidad. Por eso es que una historia relatada por estos autores sea tan pura y fidedigna, y que, por lo tanto, sea tan difícil reproducirla sometida a los períodos, a los temas y a las interpretaciones, que manejan los eruditos historiadores académicos.

En relación con esto, deseo hacer dos comentarios: el primero, atañe a los ineludibles cambios de percepción, de comprensión y de actitud, que las posteriores etapas del ciclo vital van a causar en los niños, que hoy son los aludidos alumnos de enseñanza básica correspondientes a mi proyecto; el segundo, apunta a los efectos de esos cambios, que imponen una suerte de alejamiento de lo que una vez fue no sólo centro físico de residencia, sino el todo de sustentación y de entendimiento de lo que se tiene, de lo que se hace y de lo que se espera. Esta paulatina separación también es inevitable; pero, ¿po-

drá impedirse, como ocurre con frecuencia, que llegue al extremo de eliminar o de reemplazar artificialmente todos los elementos esenciales del microsistema físico, cultural y social, que dan al niño su sabiduría del diario vivir, gracias a la mutua pertenencia que establece con ese microsistema?

Las experiencias de la socialización, muy en particular de la que se efectúa impelida por la educación formal, no dan respuestas halagüeñas a esta duda. Siquiera se mantuviese durante toda su vida la presencia de un niño en un utópico entorno inalterable, en una comunidad ideal de cultura sujeta a profundas y persistentes tradiciones, como la descrita por Redfield, se podrían impedir los cambios endógenos propios de la evolución orgánica, si bien se comprueban aún excepciones de ancianos habitantes de localidades rurales, que hasta su muerte continúan en algún grado sumergidos en el microsistema matriz de su infancia, como se insinúa en mi trabajo sobre función de los apodos (Dannemann, 1980-1981).

No obstante, hay un factor el cual, aunque en estado de latencia, preserva la relación con el micromundo de la infancia. Como para muchos es bien sabido, se trata de aquel que podría genéricamente denominarse el factor psíquico o también el psicoafectivo, que en algunas circunstancias sólo se alimenta de recuerdos, a menudo nostálgicos, pero que en otras influye en alternativas que deciden momentos de la existencia. Al respecto, la historia contada por los niños de Chile, tantas veces enunciada por mí, y pienso que también la de los niños de cualquier otro lugar de la tierra, con todo lo que posee de autohistoria, de mi propia historia narrada por mí mismo, difundida a otros niños en un intercambio concientizados, que descubra e ilumine lo que antes estaba oculto, inadvertido, puede contribuir a atenuar las violentas transformaciones que suelen dañar el ritmo del proceso de la vida. Así, con mucha esperanza, creo que esta clase de historia no sólo informa, registra y cuenta hechos, sino que ayuda a reforzar el centro anímico que tiene el hombre, sea cual sea su edad, la parte donde se halle, las actividades que desempeñe, las creencias que tenga.

En cuanto a la apreciación del medioambiente, del cual ya se señalara un breve resumen, según la delimitación que se le dio en este proyecto, las informaciones que obtuve de él comprueban que las peculiaridades climáticas son consideradas tan propias y normales de los distintos lugares, que no hay acerca de ellas criterios de evaluación que pudiesen traducirse en calificaciones más o menos positivas o negativas. Simplemente, el frío o el calor, la luz o la oscuridad, el viento o la calma, la lluvia o la sequedad, constitu-

yen hechos dados y aceptados, excepto de que en ellos se produzcan modificaciones que trastornen la estabilidad del ambiente natural.

En contraste la que podría denominarse visión paisajística, y en la que como es obvio, influyen los agentes climáticos, sí que es causante de dos actitudes disímiles, entendiéndose aquí por paisaje no sólo el material, la extensión y la forma, del espacio físico, sino que también la fauna y la flora que actúan en él y que motivan los sentidos de quienes las han hecho suyas.

Una de estas actitudes es la que recoge el significado de hermosura, de grata contemplación que el niño encuentra en el paisaje, producida por los espacios abiertos, con abundancia de agua y de vegetación verde, y diversificación de lugares bajos y elevados. Este es el ámbito paisajístico que se admira y que llama al goce de la naturaleza, que da alegría y una gran satisfacción de poseerlo. En cambio, la otra actitud, conózcase o no el tipo de paisaje antes señalado, refleja una indiferencia respecto de la condición abrupta, de la aridez, del conocido apagado del espacio circundante; pero, hasta donde pude apreciarlo, no un rechazo o disconformidad.

Esta dicotomía no repercute en la sensibilidad creativa, en la normalidad general del proceso de culturación, sino que matiza el relato que los niños hacen de su micromundo, en circunstancias de que las especies de la flora y de la fauna pueden adquirir la misma amplitud y riqueza en uno u otro habitat, aunque debe reconocerse que la variedad de plantas medicinales es mayor en las zonas donde el agua se muestra más generosa, y es allí donde estas plantas ofrecen un panorama más rico de problemas de salud física y mental y de sus pertinentes recursos curativos, lo que antropológicamente es un índice de organización de la sociedad en torno a los males que afectan el bienestar del hombre.

En cuanto al que ya denominara programa de vida, en el plano global de la concepción del mundo perteneciente a esta investigación, se notó un predominio ostensible de diferenciación de la vida escolar con la vida del hogar, por las funciones específicas que los alumnos de enseñanza básica de sectores rurales cumplen en la distribución del trabajo de sus respectivos núcleos familiares: cuidador de animales, mariscador, ayudante en faenas de minería artesanal, encargada de responsabilidades domésticas, (en el caso de las niñas), etc. Y partiendo de esta relación casa-escuela, los proyectos autobiográficos de los autores de esta historia, en la mayoría de los casos, se inclinan por la permanencia en el micromundo del presente, por conservar la pertenencia recíproca a la que ya me he referido varias veces antes, y por alcanzar pa-

peles y status que, exigiendo o no grandes o moderados cambios de la actual condición de vida, se desean conjugar con la continuidad del micromundo actual, con excepción de quienes aspiran a metas cuya práctica profesional los obligaría a abandonar sus propias localidades, lo que al plantearse y evaluarse en mis conversaciones con mis colaboradores, les hizo tomar conciencia de un presunto problema, por lo común hasta ese entonces inadvertido, que no había sido descubierto aún por ellos en el proceso de la educación formal.

El segundo plano de testimonios determinado por este estudio, como ya se dijera, compuesto por rubros culturales específicos, incluyó informaciones sobre juegos, cantos y danzas, narraciones (cuentos en un sentido estricto), seres míticos, artesanía, instrumentos de trabajo, comidas y bebidas, viviendas y ceremoniales profanos y religiosos.

Sin duda que este conjunto de expresiones, esto es, de bienes con sus respectivos usos, constituye una parte de lo que podría ser un universo cultural global, en un sentido amplio, pero de acuerdo con una necesaria selección de las formas empíricas que se estableció según el plan de trabajo de este proyecto, se consideró aceptable el nivel de organicidad de estos nueve rubros, cada uno de ellos en cuanto un subsistema de una estructura mayor, buscándose el conocimiento y la práctica que sobre ellos tienen quienes fueron nuestros informantes-colaboradores, en circunstancias de que en algunos casos se recibió una abundante información acerca de rubros que por razones de edad no son practicados por los niños, lo que resultó también de gran Interés en lo que hace a la perceptividad y a la valoración que los miembros infantiles de un grupo poseen de manifestaciones culturales, que sólo pueden ser usadas por personas que han ingresado decididamente a etapas posteriores del ciclo vital.

De estos rubros, los cuatro primeros se mueven en una órbita de preeminencia espiritual. Los cuatro siguientes centran su empleo en satisfacciones de índole fundamentalmente material. Y en los que aparecen en el último lugar de la nómina, los ceremoniales, que son los más complejos de todos, se observa una confluencia, de algún modo ritualizada, de bienes culturales espirituales y materiales.

Esta historia oral contada por los niños de Chile nos habla de lo que hoy son y desean ser, escolares de enseñanza básica, con grandes novedades para quien sea el investigador de este doble 'plan, que a medida que avanza en su tarea va encontrando diagnósticos y pronósticos hechos con magnífica sinceridad, con la de los niños de un mundo que sienten suyo a través de su realidad cotidiana.

Los testimonios iniciales, a veces sorprendidos, me empujaron a visitar los sitios donde agonizan las viejas casas y a mirar la vanidosa aparición de las modernas, a presenciar los ejercicios lúdicos de grandes y pequeños, a descubrir la destreza del uso de las herramientas en la construcción de una rueda de carreta; a escuchar las pruebas verbales de las víctimas de los brujos, a distinguir regiones y localidades por los ingredientes y sabores de sus alimentos, a lamentar la decadencia de ceremonias festivas y no festivas, de inmenso poder de cohesión social, depositarias de una riquísima y activadora tradición, sustituidas, cada vez con más ímpetu, por ceremonias, con groseros efectos de mutilación, de deformación y de irreparable pérdida de su legítima funcionalidad.

Cada uno de estos rubros es un capítulo temático de esta historia oral, si bien en el gran sistema de la cultura local a que pertenecen, están en permanente interacción por el uso que sus cultores hacen de ellos.

Y si se los compara entre sí, el que contiene el saber tradicional de más vigorosa continuidad desde los inicios del mestizaje en Chile, de más vigencia de uso, de mayor dispersión nacional y de mayor penetración efectiva, es el de los seres míticos, cuya relación con los humanos no se reduce a narraciones anecdóticas de hechos inverosímiles, sino que, sustancial y funcionalmente, se efectúa en espacios y por medio de comportamientos, de una clase especial de realidad mágica, como he procurado plantear en un reciente breve estudio (Dannemann, 1988), y que ejemplificaré ahora con el testimonio vivencial directo de una alumna de la Escuela Las Totoritas, Comuna de Hualqui, VIII Región, que me diera el día 18 de agosto de 1987, durante una conversación compartida con otros alumnos de ese establecimiento educacional.

La otra vez fuimos a una laguna de Collipulli que le dicen, y fuimos para arriba con mi familia, y yo como me gusta conocer, salir, fui, yo, mi mamá y mi papá; fuimos más arriba, y estábamos arriba, y yo me iba a meter al agua a bañarme así, me había metido, y me estaba bañando y después me salí, a hablar a mi mamá que había unas cositas verdes abajo, y de repente me estoy bañando yo y al agachar la cabeza había algo, y había algo que tiraba globitos para arriba, y a mí me dio miedo y yo lo fui a tocar y me tomó la mano, y no me soltaba, y yo empecé a gritar y a llamar a mi papá, mis papás andaban por arriba y vinieron y no me quería soltar eso, y aquí tengo todavía (muestra la cicatriz) ahí donde me sacó el pedazo, me lo sacó todo, y me tu-

vieron que sacar las carnes para colocarme aquí (Injerito).

Mi papá vino después y fue corriendo y trajo dos pedazos de cuchillo que los envolvió con lana roja y un poquito de sal, y se los metió, y ahí hacía una cosa... ¡vuuuuu! así y se estaba muriendo y mi papá lo sacó, y era un cuero de animal, pero era brillante, bonito y mi papá le hizo una fogata, le echó sal, y lo tiró... (alumna de 13 años y 8vo. básico).

Tuve mucho cuidado de no mencionarles jamás la palabra folklore a los niños con quienes viví esta aventura, y de quienes aprendí una nueva manera de oír y de entender episodios de una historia chilena, historia de un presente inmediato pero cargada de remotas tradiciones locales. Sus autores con empírica y certera habilidad, con una honestidad sólo propia de la infancia, me fueron guiando para distinguir la subcultura de mayor pertenencia comunitaria-recíproca, de más poder de cohesión social, de más intensos atributos representativos de cada uno de sus microsistemas, de las otras subculturas con las cuales ella coexiste y se halla, asimismo, en interacción; esto es, la subcultura o versión cultural que yo denominé folklórica en las primeras páginas de este trabajo, y que para sus usuarios, sin calificación alguna, es la que sienten en verdad más suya, la que los amarra al mundo de su localidad.

Los estudiosos de las ciencias sociales, de las históricas y de las humanidades, suelen lamentar las sucesivas transformaciones, algunas insólitas y violentas, que vulneran un pretendido equilibrio cultural y social. No obstante, como ya lo he dicho, no hay nada más tradicional que los cambios (Dannemann, 1984, p. 36). Y estos cambios son difíciles de vaticinar y de planificar desde un escritorio o una sala de sesiones, y, quizás, la actitud más justa y válida al respecto consista en proporcionarles a los seres humanos toda la libertad posible y toda la información necesaria para que ellos mismos sean capaces de decidir sus opciones. Por desgracia, cada vez hay menos oportunidades de elección de acuerdo con un amplio y limpio conocimiento previo para tomar una u otra ruta, y así la presión impositiva de predeterminados objetivos de masificación casi no tiene contrapartes, como lo demuestra Marcuse en *El Hombre Unidimensional*.

Los niños escolares del nivel de enseñanza básica cuentan hoy una historia que es suya por ser verdadera como proyección de una realidad vivida; es la historia de su tradición cultural... con los cambios que los miembros de sus microsistemas construyen internamente y con los que irrumpen, desde e exte-

rior, la mayoría de las veces sin posibilidades de evaluación endógena. Si estos historiadores tuviesen que contar su historia en la etapa de su adolescencia avanzada, de su juventud o de su madurez, ella sería diferente no sólo por razones de edad, sino que, asimismo, por pérdida o disminución de su identidad cultural, de los valores de su micromundo, de su pertenencia a un sistema otrora primordialmente orgánico que paulatinamente se hace más y más inorgánico.

Los testimonios que actualmente podemos obtener no sólo de los rubros culturales aquí considerados sino que también de muchos otros, constituyen una reserva histórica para la educación, para la elaboración de planes y programas consecuentes con las realidades locales, para prevenir riesgos en la aplicación indiscriminada de instrumentos de cambio y para tener muy en cuenta planos de veracidad del comportamiento cultural.

No he escrito aquí ni siquiera un resumen de la historia oral que me contaron los niños de Chile, ni tampoco creo haber hecho aún proposiciones sensatas y eficaces para el buen empleo del inapreciable tesoro de su saber que ellos regalan con alegría, pero pienso que estoy ayudando a escuchar voces que llaman a seguir nuevos rumbos de comprensión de la conducta humana.

B I B L I O G R A F I A

Boskovic-Stulli, Maja (ed.). *Folklore and Oral Communication*, Narodna Umjetnost. Zagreb. special issue, 1981.

Carr, Edward H. *¿Qué es la Historia?* Barcelona. Ed. Seix-Barral. 1976.

Dannemann, Manuel. Uso elusivo y función satírica de apodos. *Boletín de Filología*, (Santiago de Chile). Tomo XXXI. 1980-1981. pp. 633-645.

Dannemann, Manuel. El folklore como Cultura. *Revista Chilena de Humanidades*, (Santiago de Chile). No. 6, 1984, p. 29-37.

Dannemann, Manuel. La actitud mítica en Chile y su influjo en la XI Región. *II Jornadas Territoriales del Instituto de Investigación del Patrimonio Territorial Chileno. Colección Tema Nostra*, (Santiago de Chile) no. 12. 1988. pp. 75-80.

De Granda, Germán. *Estudios sobre el área dialectal hispanoamericana de población negra. Tierras bajas occidentales de Colombia*. Bogotá. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo. XLI. 1977.

García de Enterría. María Cruz. *Sociedad, Poesía de Cordel en el Barroco*, Madrid, Taurus Ediciones S.A. 1973.

Lavanda. Robert. *Fundamentos Teóricos de la Etnohistoria*, *Folklore Americano* (México D.F.). no. 18, 1974, pp. 191-201.

Marcuse. Herbert. *El Hombre Unidimensional*. Barcelona. Ed. Seix Barral, 1972.

Sotomayor. Sonia y Conrado Pérez. *¿Cómo percibe el mapuche a la escuela?* *Revista de Educación*. (Santiago de Chile). no. 60. enero-febrero 1977. Pp. 40-42.

MANUEL DANNEMANN. Chileno. Profesor universitario; Director de Investigación y Presidente de la Comisión Chilena IADAP-CAB; Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Miembro de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. Autor de numerosas obras.